



# **Punin y Baburin**

**Iván Turguénev**

# Punin y Baburin

## Iván Turguénev

Presentación de  
Juan Eduardo Zúñiga

Traducción de  
Marta Sánchez-Nieves

*A Juan Eduardo Zúñiga*

Título original: *Punin i Baburin*

© Del prólogo: Juan Eduardo Zúñiga

© De la traducción: Marta Sánchez-Nieves

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación, 24, bajo P- CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: octubre de 2018

ISBN: 978-84-17281-73-1

Depósito Legal: M-30247-2018

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Cofás Artes Gráficas

(Móstoles)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## ENCUENTRO CON IVÁN TURGUÉNEV

Cuando aún estaban en mis manos los libros infantiles, me llegó casualmente —como ocurre siempre en los acontecimientos decisivos— una novela de Iván Turguénev cuya lectura me extrañó y me sedujo. Desde aquel día su nombre estuvo en mi conciencia, acaso colaborando a formar, con otros factores, un carácter y una sensibilidad ante los hechos de la realidad. Fue el primer paso en el conocimiento de su país, una Rusia antigua y remota de la que nadie en mi entorno sabía nada. Conocimiento que logré a través, principalmente, de obras literarias, de magníficas inteligencias creadoras que suscitaron en mí una adhesión afectiva a su cultura, su música, su gente de pasiones extremosas, su paisaje de distancias infinitas, de bosques vírgenes y aldeas silenciosas, su lengua inabarcable de musicales sonidos.

El presente ensayo sobre Iván Serguéievich Turguénev<sup>1</sup> tiene su razón de ser en mi interés por la biografía del escritor que me abrió, en edad muy temprana, el

---

<sup>1</sup> El texto de presentación «Encuentro con Iván Turguénev» es el primer capítulo del libro de Juan Eduardo Zúñiga *Las inciertas pasiones de Iván Turguénev*, Alfaguara: Madrid, 1996. [Nota del editor].

camino del mundo literario. Ha sido entre los escritores rusos, junto a Tolstói y Dostoievski, el mejor acogido en Occidente por la calidad literaria de su obra, que conserva hoy vigentes peculiaridades de la gran novela del siglo pasado, aun con los matices de la idealización romántica. Admirado y respetado, también su presencia física sorprendía:

«La puerta se abrió y apareció un gigante. Un gigante de cabeza plateada, como se diría en un cuento de hadas. Tenía largos cabellos blancos, gruesas cejas blancas, una gran barba blanca, de un blanco plata, brillante, iluminado de reflejos; y en esta blancura, un rostro tranquilo, con rasgos algo fuertes: una verdadera cabeza de río *derramando sus ondas* o, mejor aún, una cabeza de padre eterno. Su cuerpo era alto, ancho, macizo, sin ser grueso, y este coloso tenía gestos de niño, tímidos y reprimidos. Hablaba con una voz muy dulce, un poco blanda, como si la lengua se moviese difícilmente. Algunas veces dudaba buscando el vocablo preciso en francés para expresar su pensamiento, pero siempre lo encontraba con una sorprendente justeza, y esa ligera vacilación daba a su palabra un encanto particular».

Así era Turguénev, tal como lo describió Guy de Maupassant, y así lo conocieron, hace poco más de un siglo, muchos europeos. De Europa fue huésped casi media vida y su arte tiene mucho de elaboración de la cultura occidental, con la que se identificó. Su extensa obra se corresponde con una vida especialmente compleja que, cuando se descubre, atrae como una experiencia insólita.

La aproximación a Iván Turguénev revela a un escritor magistral por su destreza para analizar los entresijos del alma humana, por sus invenciones verosímiles, por lo problemático de su psicología y por los aspectos reservados de su obra; de ella brota un sutil aliento de dolor íntimo, de frustración y melancolía, que puede modificar el concepto habitual existente acerca de este creador. Turguénev, que muchas veces ha sido considerado el autor más equilibrado de la literatura rusa, modelo de serenidad formalista, de moderación, aparece, a la luz de ciertas indagaciones biográficas, bajo el peso atormentador de unas Erinas implacables. La imagen convencional de este escritor es la de un literato famoso que viajó sin descanso, siempre en busca de un hogar que únicamente encontraba en el de un matrimonio amigo, a cuya esposa —Paulina García de Viardot— amó en secreto durante cuarenta años; un noble ruso sometido a esta célebre cantante de origen español, alejado de su patria, de la que sin cesar escribe, liberal partidario de reformas y, a la vez, cronista de las viejas estructuras de su clase, ya en decadencia... Sin embargo, un estudio que confronte y establezca conexiones entre vida afectiva y obra literaria puede revelar aspectos de una personalidad conflictiva, insospechada, que escapó a la fácil identificación porque el autor la enmascaró bajo apariencias circunstanciales.

A penetrar este aspecto caracterológico de la personalidad del escritor ruso tiende el presente ensayo, a establecer una interconexión entre datos biográficos no sistematizados suficientemente. Con este fin se utilizan

aquí cartas y fragmentos de la abundante correspondencia de Turguénev en relación con momentos de su vida, así como citas de sus novelas y narraciones fundamentales. Estas conservan un prestigio universal pese a los cambios que ha sufrido en los últimos cien años la expresión literaria. Especialmente ahora, cuando la literatura tiende a no relatar una historia lineal, podría parecer que la técnica y los argumentos de Turguénev están muy distantes del gusto actual. Sin embargo, la edición de sus obras es frecuente y sus títulos más conocidos —*Humo*, *Lluvias de primavera*, *Padres e hijos*— no dejan de figurar en muchos catálogos. Incluso en España, donde apenas tuvieron resonancia las literaturas eslavas, se hacen con regularidad ediciones de sus obras y, lo que es más insólito, adaptaciones de estas en televisión, sistema que parecería el más opuesto a su forma de narrar. Esta aceptación se dio, no obstante la mediocre calidad de las traducciones disponibles, ya en la primera mitad de siglo, como recuerda Antonio Machado al opinar sobre literatura rusa: «Traducida, y mal traducida, ha llegado a nosotros. Sin embargo, decidme los que hayáis leído una obra de Turguénev —*Nido de nobles*—, o de Tolstói —*Resurrección*— o de Dostoievski —*Crimen y castigo*—, si habéis podido olvidar la emoción que esas lecturas produjeron en vuestras almas».

Aún con mayores dimensiones existe este interés por Turguénev en países como Inglaterra, Alemania o Francia, donde hay prestigiosos turguenevistas y es constante la aparición de trabajos que estudian particularidades relacionadas con él o con su obra, sin necesidad



de mencionar, por obvio, su país natal, donde Turguénev ha tenido innumerables especialistas, ediciones y millones de ejemplares vendidos. La investigación sobre Turguénev es extensa y minuciosa: ha llegado a reconstruirse con una precisión rigurosa la historia de sus amistades, sus viajes, opiniones y afectos; el proceso de realización de sus obras, la genealogía de las familias materna y paterna; se ha identificado a las personas que le sirvieron para dar cuerpo a sus personajes e incluso conocemos los libros que leía de niño. Su enorme correspondencia, junto con los recuerdos de sus contemporáneos, ha posibilitado establecer los menores detalles de su vida.

A lo largo de esta y de sus cuarenta años de actividad literaria, se advierte el perseverante trabajo que llevó a cabo para recrear su pasado o bien para evidenciarlo tal como fue. Por esta razón, Turguénev es un adelantado en la configuración de la obra literaria con sedimentos muy profundos de la propia existencia, e incluso la parte menos importante de sus escritos está entretejida de matizaciones de este origen que al ser espejo de sí mismo lo eran también de los hombres de su tiempo. Acaso nunca supo que estaba haciendo un verdadero historial clínico de su época y de sus personajes; detalló en las páginas de sus novelas y relatos no solo caracteres cotidianos, aunque pictóricos de interés, sino procesos psíquicos y secuencias obsesivas que ejemplifican un tipo mental generalizado en todas las épocas.

Pero su obra no se limita a esta prospección en el dominio intimista, sino que igualmente vigiló el

trasfondo de costumbres, dentro del propósito cívico común a los escritores rusos —desde Pushkin hasta Chéjov— de poner luz en las tinieblas de su tiempo. Turguénev fue testigo de la lenta ruina de la nobleza rusa, aunque distanciado de ella por poderosas razones. Distanciamiento que le permitió captar los rasgos básicos de los rusos del siglo pasado y, al introducirlos en su literatura, escribir una larga historia que ayuda a conocer los orígenes de la Rusia actual.

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

# Punin y Baburin

## PUNIN Y BABURIN

*Relato de Piotr Petróvich B.*

... Ahora estoy mayor y enfermo y pienso más que nunca en la muerte, a cada día que pasa más cercana; pocas veces pienso en el pasado, pocas veces fijo en el ayer mi mirada espiritual. Solo a veces —en invierno, sentado inmóvil frente a una chimenea prendida; en verano, mientras recorro con paso tranquilo la alameda en sombra— hago memoria de los años pasados, de sucesos y personas; pero mis pensamientos no suelen detenerse en la época madura de mi vida ni en la juventud. Suelen trasladarme bien a mi más tierna infancia, bien a mi primera adolescencia. Por ejemplo ahora: me veo en la aldea con mi abuela, severa y enojada, tengo apenas doce años y en mi imaginación surgen dos seres...

Pero voy a contarlo en orden y en su contexto.

## I. AÑO 1830

El viejo lacayo Filíppych entró, de puntillas como solía, con la corbata atada en forma de roseta, con los labios apretados con fuerza —«para que no se le escapara el aliento»—, con un pequeño mechón canoso al estilo cosaco en el centro de la frente; entró, se inclinó ligeramente y entregó a mi abuela en una bandejita de hierro una carta grande con un sello de armas. La abuela se puso las gafas, leyó la carta...

—¿Está aquí? —preguntó.

—¿Qué desea? —dijo Filíppych tímidamente.

—¡Estúpido! El que ha traído la carta, ¿está aquí?

—Aquí está, sí, aquí... En las oficinas.

La abuela sacudió el rosario de ámbar, que resonó un momento...

—Dile que se presente... Y tú, señorito —se dirigió a mí—, quédate ahí sentado y quieto.

Y yo no me moví de mi rincón, del taburete del que me había apropiado. ¡La abuela me sentaba las costuras!

Al cabo de unos cinco minutos entró en la estancia un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo negro, tezado, de cara picada y pómulos anchos, nariz ganchuda y cejas espesas, bajo las cuales miraban con tranquilidad

y aflicción unos ojos grises no muy grandes. El color de estos ojos y su expresión no se correspondían con la constitución oriental del resto de la cara. El hombre recién llegado vestía levita de faldones largos, que le daba un aire de solidez. Se paró justo en la puerta e hizo una ligera reverencia, solo con la cabeza.

—¿Tu apellido es Baburin? —preguntó mi abuela y, acto seguido, añadió para sí: «*Il a l'air d'un arménien*».

—Así es, señora —respondió este con voz sorda y uniforme. Ante esa primera palabra de la abuela, «tu», sus cejas habían temblado ligeramente. ¿Había esperado acaso que no lo tutearía, que le hablaría de usted?

—¿Eres ruso?, ¿ortodoxo?

—Así es, señora.

La abuela se quitó las gafas y envolvió a Baburin con una mirada lenta de pies a cabeza. Este no apartó la vista y se limitó a colocar las manos a la espalda. En realidad, a mí me interesaba más su barba: estaba afeitada con gran lisura, pero ¡en la vida había visto unas mejillas y un mentón tan azules!

—En su carta Yákov Petróvich te recomienda muy bien —empezó mi abuela—, como hombre «sobrio» y trabajador, entonces ¿por qué te has ido de su casa?

—En su hacienda necesita gente con otras cualidades, señora.

—¿Otras... cualidades? Hay algo aquí que no entiendo. —El rosario de la abuela resonó de nuevo—. Yákov Petróvich escribe que padeces de dos rarezas. ¿Qué rarezas son esas?

Baburin se encogió suavemente de hombros.

—No puedo saber a qué le ha complacido llamar rarezas. Quizá sea que yo..., que no permito los castigos corporales.

Mi abuela se sorprendió.

—¿Es que Yákov Petróvich quiso castigarte?

La cara morena de Baburin enrojeció hasta la raíz.

—Creo que no me ha entendido bien, señora. Tengo por norma no utilizar los castigos corporales... con los campesinos.

Mi abuela se sorprendió más que antes, incluso levantó un poco los brazos.

—¡Ah! —profirió al fin y, ladeando un poco la cabeza, volvió a mirar fijamente a Baburin—. ¿Esa es tu norma? Bueno, me da completamente igual, no te voy a enviar con los dependientes, sino a las oficinas, con los escribientes. ¿Cómo es tu letra?

—Escribo bien, señora, sin faltas de ortografía.

—Eso también me da igual. Lo importante es que sea clara, sin todas esas mayúsculas nuevas con rabitos que no me gustan nada. ¿Y cuál es tu otra rareza?

Baburin titubeó, se aclaró la voz...

—Quizá... el señor hacendado se permite hacer referencia a que no estoy solo.

—¿Estás casado?

—No, para nada, señora..., pero...

Mi abuela frunció el ceño.

—Conmigo vive una persona... de sexo masculino..., un camarada, un hombre infeliz del que no me he separado..., a ver, creo que este es el décimo año.

—¿Es familiar tuyo?

—No, señora, no es de mi familia, es un camarada. No va a causar ninguna molestia en la casa —se apresuró a añadir Baburin, como si se anticipara a alguna objeción—. Come de mi comida, se instala conmigo en la misma habitación; más bien puede ser útil, puesto que le enseñaron a leer y a escribir, a hablar sin zalamerías, y su moral es completamente ejemplar.

Mi abuela escuchaba a Baburin moviendo un poco los labios y entornando la vista.

—¿Y tú lo mantienes?

—Así es, señora.

—¿Lo haces por piedad?

—Por justicia..., puesto que es obligación de un pobre ayudar a otro pobre.

—¡Vaya! ¡Es la primera vez que oigo algo así! Hasta ahora había pensado que más bien era una obligación de los ricos.

—Me atrevería a añadir que para los ricos es una ocupación..., pero para nuestro hermano...

—Bueno, ya es suficiente, suficiente, está bien —interrumpió mi abuela y, tras pensar un momento, dijo con tono nasal, algo que siempre era una mala señal—: Y ¿cuántos años tiene tu ese..., tu parásito?

—Como yo, señora.

—¿Como tú? Pensaba que era tu pupilo.

—No, no, señora, es mi camarada, además...

—Basta —interrumpió mi abuela por segunda vez—. Así que eres un filántropo. Yákov Petróvich tiene razón: dada tu condición, es una gran rareza. Y ahora



hablemos de nuestros asuntos. Te explicaré cuáles van a ser tus tareas. Y en cuanto a tu salario... *Que faites-vous ici?* —añadió de pronto mi abuela dirigiendo hacia mí su cara seca y amarillenta—. *Allez étudier votre devoir de mythologie.*

Me levanté enseguida, me acerqué un momento a la mano de la abuela y me marché, no a estudiar mitología, sino simplemente al jardín.

El jardín de la hacienda de mi abuela era muy antiguo y grande y por uno de sus lados acababa en un estanque con agua de pie y en el que no solo había carpines y gobios, sino que incluso habían aparecido *salvelinus*, los renombrados *salvelinus* ahora ya casi desaparecidos de todas partes. En la cabecera del estanque había una salceda frondosa; más arriba, a ambos costados de una pendiente, se extendían matas densas de avellano, saúco, madre selvas, endrinos... y en la parte baja habían brotado brezo y apio de monte. Solo en algunos lugares entre los arbustos resaltaban unos claros diminutos de hierba fina y sedosa, color verde esmeralda, y entre la que se asomaban, con su divertida mezcla de sombreritos rosa, lila y pajizo, hongos *russula* achaparrados y se encendían cual manchas claras las bolitas doradas de la «ceguera de gallina». Aquí todas las primavera cantaban los ruiseñores, silbaban los mirlos, se oía el cucú de los cuclillos; también aquí, en la canícula del verano, se estaba fresco, y me encantaba perderme en esa espesura, entre los arbustos, donde tenía varios lugares favoritos, secretos, que solo yo conocía,

¡al menos eso pensaba! Cuando salí del gabinete de mi abuela, me fui directo a uno de esos lugares, a uno al que yo llamaba Suiza. Pero cuál sería mi sorpresa cuando, ya antes de llegar a mi Suiza, a través del tupido entrelazado de ramas semisecas y verdes vi que alguien más, aparte de mí, ¡la había descubierto! ¡Había una figura larga, larguísima, en ropón amarillo de frisa y gorra en mi sitio favorito! Me acerqué a escondidas un poco más y distinguí una cara completamente desconocida para mí, también alargada, suave, de ojos no muy grandes y enrojecidos y nariz bastante divertida: estirada como una vaina, pendía a la perfección encima de unos labios regordetes; y de vez en cuando estos labios, estremeciéndose y redondeándose, emitían un silbido fino al mismo tiempo que los dedos largos de sus manos huesudas, colocadas una enfrente de la otra en la parte alta del pecho, se movían ágiles en un movimiento giratorio. Cada cierto tiempo el movimiento de los brazos cesaba, los labios dejaban de silbar y de temblar y la cabeza se inclinaba hacia delante, como si estuviera prestando atención a algún sonido. Me acerqué un poco más, puse más atención... El desconocido tenía una taza pequeña y plana en cada mano, como esas con las que se azuza y se hace cantar a los canarios. Un ramo crujió bajo mi pie; el desconocido se sobresaltó, fijó los ojos pequeños y cortos de vista en la espesura y empezó a retroceder..., pero tropezó con un árbol, soltó un quejido y se paró.

Salí al claro. El desconocido sonrió.

—Hola —dije yo.

—¡Hola, *barchuk!*

No me gustó que me llamara así: «señorito». ¿Qué familiaridad era esa?

—¿Qué hace aquí? —pregunté en tono severo.

—Pues ya ve —respondió sin dejar de sonreír—, invito a los pájaros a cantar. —Me enseñó las tacitas—. ¡Los pinzones responden de maravilla! Dada su juventud y sus pocos años, es obligatorio que se endulce con el canto de las aves. Sírvase escuchar: yo seré el primero en gorjear, y ellos me seguirán, ¡ya verá qué agradable!

Empezó a frotar las tacitas. En efecto, un pinzón respondió desde un serbal cercano. El desconocido se echó a reír en silencio y me hizo un guiño.

Esa risa y su guiño —cada uno de los movimientos del desconocido, su voz silbante y débil, las rodillas encorvadas, los brazos flacos, incluso su gorra y el ropón largo—, todo en él emanaba bondad, algo inocente y divertido.

—¿Hace mucho que ha llegado? —pregunté.

—Hoy.

—¿No será usted el que...?

—¿El señor Baburin ha hablado ya con la *bárynia*? Ah, ese mismo, sí.

—Su camarada se llama Baburin, ¿y usted?

—Punin. Punin es mi apellido, Punin. Él es Baburin y yo, Punin. —Volvió a hacer zumbir las tazas—. Escuche, escuche al pinzón... ¡Qué modulaciones!

De pronto el extravagante me empezó a gustar «terriblemente». Como casi todos los chicos, con gente

ajena solía bien azorarme, bien pavonearme, pero con él era como si nos conociéramos desde siempre.

—Venga conmigo —le dije—, conozco un sitio mejor que este, hay un banquito, podemos sentarnos. Y se ve la presa desde allí.

—Claro, vamos —respondió canturreando mi nuevo amigo. Dejé que fuera delante. Al caminar, se tambaleaba hacia un lado y otro, sacudía los pies y echaba la nuca hacia atrás.

Reparé en que en la parte de atrás del ropón, debajo del cuello, se balanceaba una borla pequeñita.

—¿Qué es eso que cuelga ahí? —pregunté.

—¿Dónde? —preguntó él y palpó el cuello—. Ah, ¡la borlita! ¡Deje, deje! Es para adornar, está cosida. No molesta.

Lo guie hasta el banco, me senté; él se hizo un hueco a mi lado.

—¡Se está bien aquí! —dijo e hizo una respiración profunda, profunda—. ¡Ay, qué bien! ¡Tienen un jardín primoroso! Ay, vaya, qué bien.

Lo miré de perfil.

—¡Vaya gorra que tiene! —exclamé sin querer—. Déjeme verla, ande.

—Claro, *barchuk*, claro. —Se quitó la gorra; yo iba a alargar el brazo, pero levanté los ojos y me entró la risa: Punin estaba completamente calvo, no se le veía ni un solo pelo en el cráneo puntiagudo y cubierto de piel tersa y blanca.

Se pasó la palma por el cráneo y también se echó a reír. Cuando se reía parecía que fuera a ahogarse, abría

muchísimo la boca, cerraba los ojos, y las arrugas le recorrían la frente de abajo arriba, en tres filas, como olas.

—¿Qué? —dijo al fin—. ¿Verdad que es un auténtico huevo?

—¡Un huevo, un auténtico huevo! —repetí yo entusiasmado—. ¿Y hace mucho que es así?

—Mucho, pero ¡qué pelo tenía! Un vellón de oro semejante a aquel por el que los argonautas cruzaron los abismos marinos.

Aunque solo tenía doce años, por gracia de mis tareas sobre mitología sabía quiénes eran los argonautas; razón de más para que me sorprendiera al oír esa palabra en labios de una persona que por poco no iba vestida con andrajos.

—Entonces, ¿ha estudiado usted mitología? —pregunté mientras daba vueltas a la gorra, que resultó estar forrada de guata, con la banda de piel levantada y la visera de cartón rajada.

—También he estudiado esa disciplina, mi querido señorito. ¡Mi vida ha tenido bastante de todo! Y ahora haga el favor de devolverme mi tapadera, es lo que usa la desnudez de mi cabeza para defenderse.

Se caló bien la gorra y, encorvando las cejas blanquecinas, me preguntó quién era yo en realidad y quiénes eran mis padres.

—Soy el nieto de la propietaria —respondí yo—. Solo la tengo a ella. Mi padre y mi madre murieron.

Punin se santiguó.

—Que el Señor los tenga en su gloria. Así que eres huérfano; bueno, y heredero. Ahora veo la sangre noble,

corre así por los ojitos... y juega..., zzz..., zzz..., zzz..., zzz... —Representó con los dedos cómo jugaba la sangre—. Bueno, ¿y no sabrá, señor mío, si se ha entendido bien mi camarada con su abuela, si ha conseguido el lugar que le habían prometido?

—No, eso no lo sé.

Punin dejó escapar un graznido.

—Vaya, ¿estaría bien colocarse aquí! ¡Aunque fuera por un tiempo! Si no, vas de peregrinación en peregrinación, no encuentras abrigo, las preocupaciones cotidianas no se acaban nunca, el alma se confunde...

—Dígame —lo interrumpí yo—, ¿es usted de los eclesiásticos?

Punin se giró hacia mí y entornó los ojos.

—¿Y a qué debemos esa pregunta, mi querido niño?

—Habla usted como... Así es como recitan en la iglesia.

—¿Porque uso locuciones eslavas? Pero eso no debe sorprenderlo. Supongamos que en una conversación habitual no siempre son oportunas semejantes locuciones, pero en cuanto el espíritu se enciende, también surge el estilo elevado. Esto se lo habrá enseñado su maestro, su profesor de literatura rusa, porque le enseñan literatura rusa, ¿no?, ¿de veras no se lo ha explicado?

—No, no me lo ha explicado —respondí yo—. No tengo maestro mientras vivimos en la aldea. En Moscú sí tengo muchos.

—¿Y va a quedarse mucho tiempo en la aldea?

—Unos dos meses, no más. Mi abuela dice que aquí me entretengo. Aquí está conmigo la institutriz.

—¿Francesa?

—Sí.

Punin se rascó detrás de la oreja.

—En otras palabras, una *madmuasel*.

—Sí, se llama *mademoiselle* Fricke. —De pronto me pareció algo vergonzoso que yo, un chico de doce años, no tuviera un preceptor, sino una institutriz, ¡igual que una niña!—. Pero no le hago caso —añadí con desprecio—. Me da igual lo que diga.

Punin meneó la cabeza.

—Ay, nobles, nobles... ¡A los extranjeros queréis el doble! Lo ruso evitáis, a lo ajeno pleitesía rendís, a los extranjeros os dirigís...

—¿Qué ha sido eso? ¿Habla en verso? —pregunté.

—¿Y usted qué opina? Puedo siempre y cuanto quiera, y si es que mi naturaleza lo prefiera...

Pero en ese mismo instante se oyó en todo el jardín, por detrás de nosotros, un silbido fuerte y estridente. Mi interlocutor se levantó presto del banco.

—Va a tener que disculparme, *barchuk*, pero mi camarada me llama, me está buscando... ¿Querrá decirme algo? Perdona... y a mal no se lo tome...

Se coló entre los arbustos y desapareció; yo me quedé otro rato en el banco. Me sentía indeciso, pero también había otro sentimiento más, uno bastante agradable... Nunca antes había conocido o hablado con una persona así. Me fui entregando a los sueños..., pero entonces me acordé de la mitología y eché a andar despacito en dirección a la casa.

En casa me enteré de que la abuela se había entendido con Baburin: le asignaron una habitación no muy grande en la isba de servicio, en la zona de las caballerizas. Enseguida se instaló allí con su camarada.

A la mañana siguiente, después de tomarme el té y sin pedir permiso a *mademoiselle* Fricke, me fui a la isba de servicio. Quería charlar otra vez con el extravagante del día anterior. Sin llamar a la puerta —no teníamos ni habíamos tenido nunca esa costumbre en nuestra casa—, entré en la habitación. Y me encontré en ella no a quien andaba buscando, no a Punin, sino a su protector, al filántropo Baburin. Estaba delante de la ventana, desnudo de cintura para arriba y, con las piernas bien separadas, se secaba a conciencia la cabeza y el cuello con una toalla alargada.

—¿Qué necesita? —dijo sin bajar los brazos, con el ceño fruncido.

—¿No está Punin? —pregunté yo de la manera más descarada y sin quitarme el gorro.

—El señor Nikandr Vavílych Punin no está en este momento —respondió Baburin sin prisa alguna—, pero permítame que le haga una observación, joven: ¿acaso le parece adecuado entrar así, sin preguntar, en una habitación ajena?

¿Joven? ¿A mí? ¿Cómo se atrevía...? Monté en cólera.

—Supongo que no me conoce —dije yo ya no con descaro, sino arrogante—, soy el nieto de la *bárynia*.

—Es lo mismo —replicó Baburin, de nuevo ocupado con la toalla—. Por mucho que sea el nieto de



la señora, no tiene derecho a entrar en una habitación ajena.

—¿Cómo que ajena? ¿Qué dice? Aquí estoy en mi casa en todas partes.

—No, perdone, quien está aquí en casa soy yo, porque me han asignado esta habitación en las condiciones de..., por mi empleo.

—Haga el favor de no darme lecciones —lo interrumpí yo—, sé mejor que usted que...

—Es imprescindible darle lecciones —me interrumpió él a su vez—, porque está en una edad... Conozco mis obligaciones, pero también conozco muy bien mis derechos y si va a continuar hablando conmigo en ese tono, entonces tendré que pedirle que salga de aquí...

Ignoro cómo habría acabado nuestro altercado si en ese momento no hubiera entrado, sacudiendo los pies y balanceándose de un lado a otro, Punin. Es probable que adivinara en nuestra expresión que entre nosotros ocurría algo malo, y enseguida se dirigió a mí con unas manifestaciones de alegría de lo más amables.

—¡Ah, *barchuk*, señorito —exclamó agitando los brazos a diestro y siniestro y soltando su risa insonora—, amigo mío! ¡Si has venido a visitarme! ¡Has venido, amigo mío! («¿Qué es todo esto? —pensé yo—. ¿Será verdad que me está hablando de “tú”?»). Hale, vamos, vamos al jardín. He encontrado algo... ¡¿Qué haces ahí parado con este calor?! Vamos.

Me fui detrás de Punin, sin embargo en el umbral consideré necesario girarme y lanzar una mirada

desafiante a Baburin. ¡Y que se enterara de que no me daba miedo!

Él me respondió de la misma manera y hasta soltó un bufido a la toalla, imagino que para que yo pudiera sentir bien hasta qué punto me despreciaba.

—¡Vaya insolente que está hecho su amigo! —le dije a Punin en cuanto la puerta se cerró detrás de mí.

Punin volvió hacia mí su cara regordeta poco menos que asustada.

—¿De quién estás hablando así? —preguntó con la cara desencajada.

—Pues de él, claro..., ¿cómo lo llama usted? De ese..., de Baburin.

—¿Paramón Semiónovich?

—Sí, creo..., de ese moreno que...

—Pero..., pero... —dijo Punin con un reproche cariñoso—. ¿Cómo puede hablar así, *barchuk*? Paramón Semiónych<sup>2</sup> es un hombre dignísimo, de costumbres muy rigurosas, que se sale de toda regla. Bueno, cierto es que no se deja ofender, porque... conoce su valía. Este hombre posee muchísimos conocimientos..., se merece un puesto más alto. Hay que tratarlo, mi querido amigo, con cortesía, y es que... —Punin se inclinó y me habló al oído— ¡es republicano!

---

<sup>2</sup> Alternancia habitual de la forma completa, normativa, de los patronímicos (Semiónovich, Nikoláievich) con la variante sincopada, coloquial (Semiónych, Nikoláich). (*Todas las notas de la presente edición pertenecen a la traductora, si no se indica otra cosa*).

Me quedé mirando fijamente a Punin. Algo así no me lo esperaba. Por el manual de Kaidánov<sup>3</sup> y por otras obras de historia estaba enterado de que en tiempos, antiguamente, habían existido los republicanos, en Grecia y en Roma, y por alguna razón me los imaginaba a todos ellos con casco, con un escudo redondo en las manos y piernas grandes y desnudas; pero que en la actualidad, en el presente y, sobre todo, en Rusia, en el gobierno de \*\*\* pudieran encontrarse republicanos era algo que se escapaba de mi entendimiento, ¡me desconcertaba por completo!

—Así es, amigo mío, Paramón Semiónych es republicano —repitió Punin—, y, en adelante, ya sabe cómo tiene que referirse a una persona así. Y, ahora, ande, vamos al jardín. ¡No se imagina lo que me he encontrado! ¡Un huevo de cuco en un nido de un colirrojo! ¡Qué maravilla!

Salí al jardín con Punin, pero mentalmente no hacía sino repetir y repetir: «¡Republicano! ¡Re... pu... blicano!».

«Eso es —decidí al fin—, ¡por eso su barba es tan azul!».

Mi relación para con estas dos personas —Punin y Baburin— se formó definitivamente ese mismo día. Baburin había despertado en mí un sentimiento hostil que al poco tiempo se mezclaría con algo parecido al respeto. ¡Y también le tenía miedo! No dejé de tenerlo ni

---

<sup>3</sup> Iván Kuzmich Kaidánov (1782-1843), profesor y autor de una serie de manuales de historia rusa y universal bastante populares a principios del siglo XIX.

siquiera cuando en su trato conmigo desapareció su brusca severidad de antes. A Punin no le tenía miedo, desde luego; ni siquiera lo respetaba, lo tomaba —hablando sin rodeos— por un bufón, ¡pero lo quería con toda el alma! Pasar horas y horas en su compañía, estar a solas con él, escuchar sus relatos, todo esto era un auténtico placer para mí. A mi abuela no le gustaba mucho esa *intimité* con un hombre del «vulgo», «*du commun*», pero yo, en cuanto conseguía escaparme, salía corriendo a ver a mi querido amigo, tan extraño y divertido. Nuestros encuentros se hicieron especialmente habituales después de la marcha de *mademoiselle* Fricke, a quien la abuela envió de regreso a Moscú como castigo por no haber tenido otra idea que quejarse a un capitán ayudante del ejército que estaba de paso del aburrimiento que reinaba en nuestra casa. Y a Punin, por su parte, no lo agotaban las largas conversaciones con un muchacho de doce años, parecía buscarlas también. Cuántas veces habré llegado a escuchar sus relatos, sentados juntos en alguna sombra olorosa, en la hierba seca y lisa, debajo de un tejadillo de álamos plateados o en las junqueras junto al estanque, en la arena gruesa y húmeda de la orilla desmoronada y en la que, extrañamente entrelazadas, como enormes venas negras, como serpientes, como originarias de un reino subterráneo, ¡sobresalían raíces nudosas! Punin me contó su vida al detalle, todos sus momentos felices e infelices con los que yo siempre simpatiqué de corazón. Su padre había sido diácono, «un hombre admirable, sin embargo severo hasta la saciedad cuando empinaba».

El propio Punin había estudiado en un seminario, pero como no soportaba las «azotadas» ni sentía en su interior disposición por el estado eclesial, se hizo seglar, con lo que pasó todo tipo de calamidades y acabó convirtiéndose en vagabundo. «Y de no haberme cruzado con mi benefactor Paramón Semiónych —solía añadir Punin (no nombraba a Baburin de ninguna otra manera)—, ¿estaría hundido en una ciénaga de desgracias, excesos y vicios!». A Punin le gustaban las expresiones solemnes, y si no a la mentira, sí tenía una fuerte propensión a la inventiva y a la exageración; con todo se sorprendía, con todo se entusiasmaba... Y yo, imitándolo, también tomé el camino de la exageración y del entusiasmo. «Pero qué endemoniado te has vuelto, habría que rebautizarte», me decía mi anciana niñera. Las historias de Punin me interesaban extraordinariamente, pero más incluso que sus historias me gustaban las lecturas que hacíamos juntos. Es imposible transmitir el sentimiento que experimentaba cuando, atrapando el momento oportuno, de repente, como un ermitaño de cuento o un espíritu bueno, aparecía ante mí con un libro muy pesado bajo el brazo y, señalando a hurtadillas con un dedo largo y curvo y haciéndome un guiño misterioso, hacía un gesto con la cabeza, con las cejas, con los hombros, con todo el cuerpo: vamos dentro, a la espesura, allí donde nadie podía internarse detrás de nosotros y donde era imposible que nos encontraran. Y ahí estamos, hemos conseguido marcharnos y pasar inadvertidos, hemos llegado bien hasta uno de nuestros sitios secretos; nos sentamos el uno junto al otro y el libro ya empieza a

abrirse despacio, emanando un olor intenso, que en esa época me agradaba inexplicablemente, a moho y vejez. Con qué temblores, con qué emoción por la expectación, en completo silencio, miro la cara, los labios de Punin, esos labios de los que salen..., ahí están..., ¡las dulces palabras! ¡Al fin se oyen los primeros sonidos de la lectura! Alrededor, todo desaparece..., no, no desaparece, sino que se vuelve lejano, se envuelve en humo y deja tras de sí solo la impresión de algo afectuoso y protector. Los árboles, las hojas verdes y la hierba alta nos cubrían, nos refugiaban del resto del mundo; nadie sabía dónde estábamos, qué éramos..., pero con nosotros estaba la poesía, nos empapábamos, nos embriagábamos con ella, dentro de nosotros tenía lugar algo importante, grande, misterioso... Punin se aferraba preferiblemente a los versos, a los versos sonoros, estruendosos; ¡estaba dispuesto a entregar el alma por ellos! Él no los leía, él los voceaba solemne, cambiando de un tono a otro, estrepitosamente, con voz nasal, como borracho, como exaltado, ¡como la Pitia! Y también acostumbraba a hacer esto otro: primero leía los versos en un zumbido bajo, a media voz, cual murmullo... Lo llamaba «lectura en borrador»; después empezaban a retumbar esos mismos versos en limpio y, de pronto, se levantaba bruscamente, levantaba los brazos, con un estilo entre oracional e imperativo... Así leí con él no solo a Lomonósov, Sumarókov y Cantemir (cuanto más antiguos eran los poemas, más eran del gusto de Punin), sino incluso ¡la *Rossiada* de Jeráskov! Y, siendo sinceros, esta, la *Rossiada*, me encantó especialmente.

Aquí, por cierto, actúa una tártara valiente, la gigante-heroína; ahora he olvidado su nombre, pero entonces ¡sentía frío en las manos y los pies en cuanto se mencionaba! «Así es —solía decir Punin asintiendo con la cabeza significativamente—, Jeráskov... no levanta la mano. A veces te ofrece un verso tal..., te quita el aliento..., ¡lo único que puedes hacer es aguantar el golpe! Tú lo que quieres es comprenderlo, pero él, míralo, por ahí va, trompetea, trompetea... ¡como un címbalo! Sin embargo, un nombre se le ha otorgado, una sola palabra: ¡Jerrráskov!». A Lomonósov Punin le reprochaba su estilo demasiado simple y libre, mientras que a Derzhavin se refería casi con hostilidad, decía que era más cortesano que poeta. En nuestra casa no solo no se prestaba ninguna atención a la literatura, a la poesía, sino que incluso se tenía a los versos, en especial a los versos rusos, por algo completamente indecente y de mal gusto. La abuela ni siquiera los llamaba poemas, sino «cantos»; todo compositor de cantos era, en su opinión, o bien un borracho amargado o bien un tonto de remate. Educado entre semejantes ideas, era inevitable que o bien le diera la espalda a Punin con repugnancia —que, además, era desaseado y descuidado, algo que también ofendía a mis costumbres de *barin*—, o que, entregado y rendido ante él, siguiera su ejemplo, me contagiara de su manía versificadora... Y así fue. Yo también empecé a leer versos o, como lo expresaba mi abuela, a declamar cantos... Incluso intenté escribir alguno, uno en el que describía un organillo y en el que se encontraban estos dos versos:

*Y ahí gira el grueso cilindro,  
sus dientes castañetean...*

Punin dio el visto bueno a cierto onomatopeyismo en la descripción, pero el tema en sí lo reprobó por bajo e indigno del tintineo de la lira.

¡Ay! Todos esos intentos, emociones y entusiasmos, nuestras lecturas apartadas, nuestra vida de dos, nuestra poesía, todo terminó de un tirón. Como el golpe de un trueno, así de repentina se desplomó sobre nosotros la desgracia.

A mi abuela le gustaban la limpieza y el orden en todo, era ni más ni menos como los generales cumplidores de entonces. Y limpio y ordenado debía mantenerse también nuestro jardín. Y por eso de trecho en trecho en él «agolpaban» a campesinos sin tierra ni familia, de los libres de cargas y tributos, siervos no inscritos o caídos en desgracia, y los hacían limpiar caminos, desbrozar linderos, cribar y mullir la tierra bajo los cuadros de flores, etcétera. Pues una vez, en pleno apogeo de uno de esos agolpamientos, mi abuela salió al jardín y me llevó con ella. En todas partes, entre los árboles, por los prados, se veían camisolas blancas, rojas, grises; en todas partes se oían los crujidos y rechinos de las palas rascando, los golpes secos de los terrones contra los cedazos atravesados. Al pasar junto a los trabajadores, la vista de águila de mi abuela enseguida reparó en que uno de ellos se esmeraba menos que los demás



y en que se había quitado el gorro como sin ganas. Era un muchacho todavía muy joven con la cara chupada y ojos hundidos y sin luz. El caftán de nanquín, todo rasgado y remendado, apenas resistía sobre sus hombros estrechos.

—¿Quién es ese? —preguntó la abuela a Filíppych, que andaba de puntillas detrás de ella.

—¿A quién...? ¿Cómo, disculpe? —balbuceó Filíppych.

—¡Ay, qué tonto! Ese, el que me ha mirado con ojos de lobo. El que está ahí parado, sin trabajar.

—Ah, ese, señora, sí, claro, señora... Es..., es Yermil, el hijo del difunto Pável Afanásiev.

Este Pável Afanásiev había sido unos diez años antes el maestresala de mi abuela y había gozado de una especial simpatía por parte de ella; pero, tras caer repentinamente en desgracia, igual de repentina fue su conversión en pastor y vaquerizo, pero aquí tampoco resistió, siguió bajando y bajando y finalmente acabó con un *pud*<sup>4</sup> de harina al mes en una isba sin chimenea de una aldea lejos de todo que tenía mi abuela, donde murió de parálisis dejando a su familia en la mayor de las pobrezaas.

—¡Ajá! —dijo mi abuela—. Ya se ve que la manzana no cae lejos del árbol. Bueno, habrá que disponer también de él. No necesito a estos que van mirando con el ceño fruncido.

---

<sup>4</sup> El *pud* (en plural, *pudí*) es una antigua medida de peso equivalente a 16,38 kg.

La abuela regresó a casa, y dispuso. Unas tres horas más tarde condujeron a Yermil, completamente «equipado», debajo de la ventana de su gabinete. El infeliz mozo marchaba deportado a algún asentamiento; al otro lado de la tapia, a varios pasos de él, se veía una pequeña telega campesina cargada con sus pobres bártulos. ¡Así eran aquellos tiempos! Yermil estaba sin gorro, la cabeza gacha, descalzo, las botas atadas con una cuerda y echadas a la espalda; su cara, vuelta hacia la casa señorial, no expresaba ni desesperación ni pesar, ni siquiera asombro; una sonrisa torpona se le había quedado congelada en los labios descoloridos; los ojos, secos y encogidos, se obstinaban en mirar al suelo. Informaron a la abuela. Esta se levantó del diván, se acercó a la ventana del gabinete —su vestido de seda sonó ligeramente— y, apoyándose en el entrecejo unos impertinentes de oro, observó al nuevo desterrado. En el gabinete, aparte de ella, estábamos en ese momento cuatro personas: el mayordomo, Baburin, el criado joven de servicio ese día y yo.

La abuela movió la cabeza de arriba abajo...

—Señora —de pronto se oyó una voz ronca, casi apagada. Yo me di la vuelta. La cara de Baburin había enrojecido..., enrojecido hasta volverse oscura; por debajo del ceño fruncido aparecieron unos puntitos claros, intensos... No había duda, había sido él, había sido Baburin quien pronunciara la palabra «Señora».

La abuela también se había dado la vuelta y trasladado sus impertinentes desde Yermil hasta Baburin.

—¿Quién ha..., quién ha hablado? —dijo despacio... con voz nasal. Baburin se inclinó ligeramente hacia delante.

—Señora —empezó—, yo..., yo me he decidido. He considerado... Oso informarle de que en vano tiene a bien proceder así..., como ahora ha tenido a bien proceder.

—¿Es decir? —preguntó mi abuela con la misma voz y sin apartar los impertinentes.

—Tengo el honor... —continuó Baburin con precisión, aunque pronunciando cada palabra con visible esfuerzo—, hablo a propósito del mozo que envía deportado... sin ninguna culpa por su parte. Tales disposiciones, me atrevo a añadir, solo conducen al descontento... y a otras consecuencias dañinas, ¡Dios nos libre de ellas!, y su esencia no es otra que el exceso de la autoridad dada a los señores terratenientes.

—¿Dónde..., dónde has estudiado? —preguntó la abuela después de un breve silencio, apartando los impertinentes.

Baburin se quedó perplejo.

—¿Disculpe, señora? —farfulló.

—Te pregunto que dónde has estudiado. Utilizas unas palabras muy revesadas.

—Yo..., mi educación... —empezó Baburin.

La abuela se encogió de hombros con desprecio.

—Así pues, no te gustan mis disposiciones —lo interrumpió—. Me es completamente indiferente, tengo poder sobre mis súbditos y no respondo ante nadie por

eso. Pero no estoy acostumbrada a que se hagan deliberaciones en mi presencia o a que nadie se inmiscuya en asuntos de otros. No necesito filántropos sabios de origen plebeyo, lo que necesito son criados que no sean respondones. Así he vivido antes de que tú llegaras, y así voy a vivir después de ti. No me sirves, estás despedido. Nikolái Antónov —la abuela se dirigió al mayordomo—, haz cuentas con este hombre y que se vaya, para la hora de la comida no lo quiero aquí. ¿Me has oído? No hagas que me enfade. Y a ese otro..., al parásito tonto lo mandas con él. ¿A qué espera Yermil? —añadió ella mirando de nuevo por la ventana—. Ya lo he examinado, ¿qué más quiere? —La abuela sacudió el pañuelo en dirección a la ventana, como el que espanta a una mosca pesada. Después se sentó en el sillón y, volviéndose a nosotros, dijo malhumorada—: ¡Quiero a toda la gente fuera de aquí!

Nos retiramos todos..., todos, excepto el criado de servicio, al que no atañían las palabras de mi abuela, puesto que él no era «gente».

La orden de mi abuela se cumplió con exactitud. Para la hora de la comida Baburin y mi amigo Punin habían salido de la hacienda. No voy a ponerme a describir mi pena, mi desesperación sincera, realmente infantil. Era tan fuerte que llegó a ahogar el sentimiento de reverencial asombro que había aflorado en mí ante la valiente ocurrencia del republicano Baburin. Nada más acabar la conversación con mi abuela, se marchó a su habitación y empezó a recoger sus cosas. A mí no me concedió ni una palabra ni una mirada, aunque todo

el rato rondaba a su alrededor, bueno, en realidad, alrededor de Punin. Este estaba completamente perdido y tampoco hablaba, sin embargo no paraba de mirarme y en sus ojos había lágrimas... siempre las mismas: ni se derramaban ni se secaban. No se atrevía a juzgar a su «benefactor» —era imposible que Paramón Semiónych cometiera error alguno—, pero estaba lánguido y triste. Como despedida, Punin y yo hicimos un intento de leer algo de la *Rossiada*, incluso nos encerramos en la despensa —ni pensar en ir al jardín, claro—, pero en el primer verso nos quedamos cortados los dos y yo me deshice en llantos, mugía como un ternero, a pesar de mis doce años y de mis pretensiones de ser mayor. Ya subido en la calesa, Baburin al fin me habló y, suavizando un poco la habitual severidad de su rostro, dijo: «Una lección para usted, joven señor: no olvide lo sucedido hoy y, cuando sea mayor, intente dar fin a estas injusticias. Tiene un buen corazón, y su carácter todavía no se ha echado a perder... Cuídese..., ¡así no se puede seguir!». Entre las lágrimas que me caían a chorros por la nariz, por los labios y la barbilla, balbuceé que lo haría, que no lo olvidaría, que lo prometía, así lo haría... seguro... seguro...

Pero entonces de Punin, al que le había dado ya unos veinte abrazos (me ardían las mejillas por el roce de su barba sin afeitar y estaba todo impregnado de su olor), entonces de Punin se apoderó un inesperado frenesí. Subió de un salto al asiento de la calesa, levantó ambos brazos y, con voz atronadora (¿de dónde la habría sacado!), empezó a declamar el conocido relato del

Salmo de David de Derzhavin,<sup>5</sup> por esta vez poeta, y no cortesano:

*¡Rebélate, Dios todopoderoso! ¡Y juzga  
a toda la pléyade de dioses de la tierra!  
¡Hasta cuándo, dinos, hasta cuándo  
va a seguir apiadándose de pecadores  
malvados? Su deber: preservar la ley...*

—¡Siéntate! —le dijo Baburin.  
Punin se sentó, pero siguió:

*Su deber — salvar en la desgracia  
a los inocentes, dar un techo a los infelices,  
defender a los débiles ante los fuertes...*

En la palabra «fuertes» Punin indicó con el dedo la casa señorial y, después, lo clavó en el cochero sentado en el pescante:

*¡Arrancar a los pobres las cadenas!  
¡No atienden! Ven, pero no saben...*

Nicolái Antónov llegó corriendo desde la casa señorial y empezó a decir a voz en grito al cochero: «¡Muévete,

---

<sup>5</sup> Gavriil R. Derzhavin escribió el poema «A los soberanos y jueces» basándose en el Salmo 81, atribuido al rey David. Dado su contenido, Catalina II prohibió en 1795 la publicación de la antología de versos de Derzhavin que incluía este poema.

papanatas! ¡Vamos!, ¿qué haces ahí con la boca abierta?», y la calesa echó a rodar. A lo lejos todavía se oía:

*¡Resucita, Dios, Señor de los justos!...  
Ven, juzga y castiga a los malvados,  
¡y sé el único zar sobre la tierra!*

—¡Qué bufón! —observó Nikolái Antónov.

—No le dieron latigazos suficientes de joven —añadió el diácono haciendo su aparición en el porche. Había venido a enterarse de a qué hora deseaba la *bárynia* fijar las vísperas.

Ese mismo día, al enterarme de que Yermil estaba todavía en la aldea y de que solo al día siguiente, temprano en la mañana, lo acompañarían a la ciudad para cumplir con las consabidas formalidades legales que, aun teniendo como objetivo limitar el abuso de los terratenientes, servían solo como fuente de beneficios añadidos para las autoridades, pues ese mismo día lo busqué y, a falta de dinero propio, le entregué un hatillo en el que había liado dos pañuelos, un par de borceguíes destaconados, un peine, un camisón viejo y una corbata de seda nuevecita. Yermil, al que hube de despertar —estaba echado en la parte de atrás de un patio, al lado de la telega, sobre un brazado de paja—, aceptó mi regalo con bastante indiferencia y no sin cierta vacilación, no me dio las gracias y, al momento, apoyó la cabeza en la paja y volvió a quedarse dormido. Me marché de allí un poco decepcionado. Había imaginado que se sorprendería y se alegraría

con mi visita, que vería en ella la garantía de mis magnánimas intenciones futuras y, en lugar de eso...

«Digan lo que digan, esta gente no tiene sentimientos», reflexionaba yo en el camino de vuelta.

La abuela, que por alguna razón me había dejado tranquilo todo ese día inolvidable para mí, me observó con desconfianza cuando me despedí de ella después de cenar.

—Tiene los ojos rojos —observó en francés—, y huele a isba. No voy a entrar a investigar y juzgar sus sentimientos y ocupaciones, no desearía verme obligada a castigarlo, pero espero que se olvide de todas esas tonterías y vuelva a comportarse como debe hacerlo un muchacho noble. Además, regresaremos a Moscú pronto y le buscaré un preceptor, veo que se necesita una mano masculina para hacerse con usted. Fuera.

Y, en efecto, regresamos a Moscú enseguida.



